





























sentado; miraba arrobadamente a la cámara o más bien a Susi. Se veía contento. A sus espaldas se distinguían niños jugando, parejas abrazadas, una fuente. Mi tía nunca quiso regalarme ni una foto.

Estos años cruciales de mi adolescencia los viví sin saber si mis actos dependían de mí o si yo era sólo el traje o el disfraz de alguien que tenía cosas que hacer. Ya estaba en su apogeo mi necesidad de acercarme a Susi, que me inspiraba más confianza que mi abuela o mi hermana la grande. Me urgía tener un punto de referencia para saber cosas de mí. Con el propósito de llamar su atención, le dije a bocajarro que había visto a mi tío.

–¿Cuándo lo viste? –me preguntó, crispada.

–No hace mucho.

–Mentiroso... ¿Qué te dijo?

–Que te extraña, tía, que nos extraña –su reacción me llenó de regocijo–. ¿Cuándo va a venir por ti? –lo dije para terminar de sondearla.

Me atrajo hacia su pecho y comenzó a pasarme la mano por el pelo. Yo casi ronroneaba de caliente, pues deseé que a partir de entonces nos uniera una secreta complicidad, aunque no supiera en qué traducirla. Me declaré su incondicional cuando me dio las gracias por estar con ella y tener esperanza. No me atrevía a preguntar de qué.

–Se me adelantó –dijo tristemente.

Yo preferí quedarme con la duda de si esta frase era el lugar común para referirse a alguien que ha muerto, o si mi tía aguardaba encontrarse con Arturo, vivir con él, tener una familia. Pensé en eso porque a mi tía le gustaban las canciones de Leonardo Favio, esas donde hablan mucho y pasan ambulancias. Todas las cantaba pero con más ganas esa que dice: quiero aprender de memoria con mi boca tu cuerpo, muchacha de abril, y recorrer tus entrañas en busca del hijo que no ha de venir... Oírle me parecía un privilegio, acceder a los secretos de lo que le pasaba en la vida.

La amistad con ella me tornó un poco extrovertido y me dio por inventar que era un enviado de otro mundo, y a quien qui-

siera oírlo podía decirle dónde había dejado estacionado mi platicillo volador. Mi tía Susi era la única persona que me seguía la corriente. Me interrogaba para que confesara de qué planeta venía, cómo vivíamos allá, si los amores duraban. Entonces yo le describía el Planeta Rojo, sus urbes flotantes, detallaba que sus habitantes habían desarrollado una especie de membranas entre los dedos, tenían manos de pato, para ir de un lado a otro de la ciudad. ¿Con esas manos se acarician? Susi conseguía que mis historias se volvieran pícaras cuando indagaba cómo hacíamos el amor en Marte. Entonces yo me quedaba mudo, de gusto y placer, porque esas descripciones le tocaban a ella. Nos divertíamos hasta las carcajadas...

Aunque cierta vez uno de nuestros juegos terminó en llanto. Me había pedido que la acompañara a comprar los regalos de Navidad para mi abuela y las sobrinas pequeñas, las hijas de Elvrita, la hermana menor de mi madre. Fuimos a Plaza Universidad; por aquella época acababan de instalar las primeras máquinas de refrescos. Mi tía Susi sacó del monedero la condecoración de mi tío Arturo. Me hizo un guiño para obtener mi complicidad en un homenaje secreto a su desaparecido esposo. Empujó la medalla por la ranura y me cedió el honor de elegir la marca del refresco. Cuando oprimí el botón de la Coca-Cola los dos nos reímos, como si la elección significara algo más que eso y le diera un énfasis a nuestra burla contra no sabíamos quién. La máquina se tragó la moneda sin escupir la botella... Absorbidos por la inercia que nosotros mismos habíamos creado, le dimos a este hecho un significado ominoso que pareció confirmarlo la inmediata aparición de un gendarme cuando comenzamos a golpear la máquina para que nos devolviera la moneda o nos entregara la mercancía. Susi le lanzó al policía una mirada láser al tiempo que se le salían las lágrimas. Yo sentí como si mi tío Arturo se hubiera salido de la nave, y que se quedaría cayendo eternamente para arriba hasta que una estrella lo cremara...

Mi papá, que ya no vivía con nosotros, cuando venía a la casa se iba lo más pronto posible porque mi mamá lo acosaba con reproches y exigencias de dinero. Y yo digo que en ese tiempo no

me quería, le encabronaba que yo me ciñera tanto a mi abuela y que tuviera mi cuarto lleno de juguetes. Mis dos hermanas habían hecho alianza con mi madre en contra de él y yo me fui sintiendo cada vez más solo, y casi desamparado cuando en el bachillerato llegó la hora de definir qué materias cursaría durante el último año, con miras a ingresar en la universidad. Ya había decidido estudiar física, pero ese año la escuela me valió una chingada y me dediqué a la vagancia y a chupar con mi cuate éste que ahora era mi cuñado. Puede sonar extraño que confiese que hubo un tiempo en que si no me despertaba crudo sentía que estaba desperdiciando mi vida.

Mi padre más o menos se dio cuenta. Me ofreció irme a vivir con él, inscribirme en la facultad de estudios que quisiera. Yo no podía, por más esfuerzos que hacía, sacar las manos de los bolsillos. Mi padre me daba pena y miedo. Era grande, fuerte, tan velludo que los pelos se le escapaban por las fosas nasales y las orejas, pero se veía todo apachurrado, andaba con la camisa sin planchar, los zapatos gastados...

—¿Te vienes a vivir conmigo?

Yo no tenía ninguna certeza y a todo le respondía con mi estúpido silencio.

—Allá tú —dijo finalmente.

Su venganza sería no volver a darme dinero, y eso me entristecía más por él que por mí. Porque su habilidad para largar vendedores, buhoneros y mendigos, esa tacañería intransigente que nunca le permitió el trato con un buen sastre, le facilitó en cambio la simpatía por unas arpías horrendas como monjas que vinieron a venderle exitosamente una cripta a perpetuidad en el sótano de la iglesia de la colonia Industrial.

Un sábado en que mi papá había venido a visitarnos, mis hermanas se estaban arreglando porque a las seis pasarían sus amigos por ellas; mi mamá ya había comenzado a pensar en un partido para Lorena, la mayor. Mi papá traía un martillo o una herramienta en la mano, porque seguramente andaba reparando algo. La abuela estaba con sus nietas y mi mamá. Susi había comido con nosotros, y continuaba fregando los platos en la co-



cina. De pronto se abrió la puerta, y quizá no nos hubiéramos percatado de ello si no es por la violencia con que aparecieron un par de tipos en la casa. Ver a esos energúmenos en la sala, faroleando la pistola que cada cual traía en la cintura, nos tenía alelados.

—¿Dónde está Martín? —ese día me enteré que éste era el segundo nombre de mi tío—. ¡No se hagan pendejos! —se veían muy enojados y también nerviosos.

Dijeron que eran de la policía judicial y nos amenazaban con groserías. El peligro era concreto y al mismo tiempo vago. ¡Qué querían estos fulanos! ¡Qué pensaban hacernos! Yo tenía los antebrazos en la mesa. Mi abuela sostenía entre los labios los rizadores con que se peinaban mis hermanas. Mi papá, con expresión de cura indignado, acomodándose los lentes con la mano, les dijo que ésas no eran formas de entrar a una casa o algo así.

—Mi hijo está muerto —mi abuela se interpuso entre ellos y mi padre. Tal afirmación, que nunca se había pronunciado en la casa, nos volvió a la realidad—. ¡Lárguense!

Sin perder la pose retadora, nos miraron detenida y silenciosamente. Mis hermanas se veían guapas. Mi mamá estaba entre ambas. Yo tomé el peine que mi abuela había lanzado a la mesa y me lo puse enfrente de los ojos: los veía a todos como presos tras unos barrotes.

Por la mente me pasaban imágenes rapidísimas, como de película muda en que los malos atan a la bonita a las vías del tren y el galán se demora mucho en salvarla. Entonces me acordé de mi tía Susi. Justo en ese trance me vino la primera revelación, por llamarla de alguna manera. Me pareció que lo que tenemos ante nosotros y en nosotros es la pronunciación de un relato que no se verbaliza con palabras sino con nuestra vida. Sin pensar —literalmente— me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta, con la intención de salir al patio. Me veía a mí mismo como si estuvieran mis ojos en el techo, como si todo esto y el mundo estuvieran pasando sólo en mi cabeza. El caso es que enseguida sucedió lo que inconscientemente había calculado. Los típaracos esos se salieron detrás de mí. Mi abuela los siguió. Su actitud había

cambiado y ya en la calle, del otro lado de la cerca, por lo que le preguntaron a mi abuela me di cuenta que antes de irrumpir en la casa se habían metido a la casita de Susi y seguramente también habían husmeado en la nuestra.

—Allí vivía —dijo mi abuela señalando hacía el colorín—. En la otra casa vive una de mis hijas con su esposo.

Yo me regresé a la cocina a abrazar a Susi, que estaba pálida y no podía ni hablar. Desde los catorce años ya sentía rico acercarme a ella. Daban ganas de abrazarla, sobre todo si uno era chico, porque hacía falta tener cierta talla para mejor aprovechar las formas del cuerpo de la tía...

El punto culminante de esta pasión pueril llegó poco tiempo después de que mi abuela muriera. Enseguida mi tía Susi comenzó a distanciarse de nosotros. Se fue a vivir a otro lado y la extrañaba... Además de la soledad, siempre me punzaba la sensación de no saber lo que estaba pasando. La realidad me resultaba algo indefinible, un amasijo de emociones, una piedra que sangra. De este oleaje de sentimientos sólo pude darle coherencia a una serie de oraciones acerca de la compasión y la lealtad que mi tía Susi había tenido con mi abuela. Porque nunca me pareció justo para mi abuelita que mi tío se fuera de esa forma. Ella se quedó con el sentimiento trágico de su desaparición y eso finalmente la mató. Vi entre la neblina que mi tía Susi se alejaría definitivamente porque ella no era de nuestra familia, no tenía hijos ni verdadera amistad con sus cuñadas; además —y esto pesaba más de lo que suponía— nunca se había casado con mi tío Arturo, habían vivido en unión libre: eran compañeros, como decían ambos.

Mi desolación adquirió proporciones abismales cuando mi noviecita me cortó. En complicidad con mi memoria empecé a urdir la versión de que mi novia me había dejado por un hombre rico, lo cual me permitía no ver la verdad... Considero que el desencuentro amoroso es el distintivo de la vida de mis amigos y amigas, todos son divorciados por lo menos una vez, o desahuciadamente solteros. O abandonados, como mi tía Susi, que había quedado ante sus cuñadas más como una amasia dejada que como una viuda.

Con el corazón hecho un trapo me atreví a llamarla por teléfono a la tienda de fotografía donde trabajaba. No sabía exactamente qué decirle, sólo que quería verla. Para aguzar el dolor que me había causado mi novia, me había peleado nuevamente con mi madre y mis hermanas, empeñadas en dirigirme la palabra sólo para criticarme. Ya no platicábamos porque mis pobres hermanas, televidentes empedernidas que se hicieron feas de tanto sentirse bonitas inalcanzables, se simbiotizaron con el lado más antisocial de mi madre y se la pasaban cuchicheando del prójimo.

El enojo contenido me dificultaba conservar a mis camaradas y las chicas que se interesaban por mí acababan sintiendo miedo de alguien tan imprevisible. Esto lo supe después, porque en ese entonces yo no me daba cuenta de nada, ni siquiera de que odiaba a mi familia.

Susi y yo quedamos de vernos en la cafetería del boliche Lindavista. Nebulosamente había tramado chantajearla un poco, sacarle unos apapachos. Sin ningún pudor le dije que había vuelto a ver a mi tío Arturo.

–Me estuvo esperando a la salida de la escuela...

–¿Cuándo vas a crecer? –respondió ella, molesta–. Me duele que seas cruel conmigo. ¡Cállate! No sabes lo que dices y no te imaginas lo que está pasando. Vámonos de aquí... Tengo que hablar contigo...

En ese momento se me ocurrió pensar que a mi tía Susi debían de resultarle más que cargosas las acometidas de un adolescente calenturiento, y que por eso dijo lo primero que le pasó por la mente para desembarazarse de mí.

–Tienes que ayudarme –puso sus ojos en tal posición que me hizo pensar en una vampira, en alguna de esas mujeres que salían en las películas que daban en el cine Venus–. Me quedé sin trabajo. Hoy fue mi último día... Pero eso me facilita las cosas...

Salimos a la calle y paramos un taxi, lo cual me obligó a pensar en algo grave. Estábamos a comienzos de los años ochenta y muy pocos podían darse el lujo de pagar un carro de alquiler. Mi tía le ordenó al conductor que nos llevara al Centro. Para mí, desde

siempre el Centro fue el sitio más importante de la ciudad. Allí se compraban los muebles para la casa, en los cumpleaños de la abuela íbamos a comer a la Hostería de Santo Domingo, allí estaban las cantinas que frecuentaba mi tío, el gobierno decía las más grandes netas, se ubicaba la catedral para oír misas de veras, y también allí estaban las casas de empeño. Mi tía no habló en todo el camino, se había sentado lo más lejos posible de mí. Nos apeamos en la calle del Cinco de Mayo, junto a una tienda donde vendían cinturones, pañuelos y sillas para caballos. Caminamos unos cuantos pasos y nos metimos al café La Blanca. Yo pedí una cerveza y ella encendió un cigarrillo frente a su café negro.

—Esto que te voy a decir es muy serio. Tu tío no está muerto.

Me imagino la carota de pendejo que yo puse. No cabía del estupor de no poder comprender cómo había hecho mi tía para sacarme de la jugada. Las imágenes cachondas que tenía en la cabeza se me cambiaron por las imágenes de los largos pasillos del Pentágono. Mi tía Susi me estaba diciendo que su marido, mi tío Arturo, trabajaba para la CIA. ¿Cómo es ese pedo?, me quedé pensando. Yo no sabía bien a bien lo que era la CIA, pero tenía muy claro que eran unos ojetes que andaban desapareciendo gente en México.

—¡Conque la *cía!* —dije.

—Pero no es como tú te figuras.

Un cigarro prendía al siguiente. Pues sí, que mi tío Arturo se había dejado reclutar en Nicaragua, pero sólo para infiltrarlos. Que la primera parte de su misión había consistido en identificar a los más radicales de los comunistas. Era preciso evitar que los gringos hallaran el pretexto para darse el gusto de bombardear la Ciudad de México. No era un chiste.

Luego me dijo que mi tío había desertado... ¿Cómo? ¿De qué?

Yo había repasado varias veces la leyenda que hicimos de mi tío Arturo. Estaba convencido de que a él lo había jalado el destino. Él no era militante de ningún partido, no era líder ni tenía intereses personales en lo que fuera obteniendo el movimiento ése en que él andaba. Era algo que estaba en el aire, ni siquiera era una bronca de partidos o personas concretas, definidas. Eso

estaba en el ambiente desde mediados de los años sesenta y no había forma de evitarlo, además ya se había acabado, pues según yo las actitudes subversivas se esfumaron por completo con el comienzo de ese apatarramiento colectivo que fue *Saturday Night Fever*.

Mi tía no me dejaba hablar, porque pasó a contarme que en medio de ese desmadre mi tío había dado casualmente con una salida a un lugar que las potencias querían ocultar mediante la violencia en las calles. A decir de mi tío, sólo era cuestión de estar atento para saltar a ese sitio cuando se abrieran las puertas, lo cual sucedería durante la próxima prueba nuclear. Había encontrado el paso franco a la catafixia, y eso es lo que él había venido a decirle a Susi. Le prometió a mi tía que se rifaría a fondo, que no importaba qué tuviera que hacer ni con quién juntarse para conseguir que ellos dos pudieran escapar. Que ese lugar en algo se parecía al de la foto preferida de mi tía.

Llegados a ese punto sentí que alguien murmuraba. Entonces sucedió: la voz pronuncia con contundencia nuestros actos. Verbaliza –materializándolo, cumpliéndolo– cada detalle sobre textura, olor, temperatura, las ideas fugaces que cruzan nuestra mente. Es una voz andrógina, pronuncia pausadamente y con dicción perfecta. Siento su respiración en la nuca, en la espalda, en la palma de las manos, las axilas. Su boca es todo el espacio, la lengua el tiempo, y no hay manera ni voluntad ni deseo de evitar que suceda lo que sale de allá dentro.

–Necesito dinero. Sólo tengo lo de mi liquidación del empleo y no me alcanza... Debo hacer un viaje... No preguntes... ¿Vas a ayudarme? Tú tío acaba de comunicarse conmigo, me está esperando. Debo irme cuanto antes.

Obviamente pensé en los ahorros de mi abuela, que habían sobrevivido a las vacas flacas. Pero este dinero ahora lo custodiaban mi tía Lina y mi madre y no había manera de darle ni un pellizquito. Si esto lo hubieran sabido mi madre y mis tías, habrían dicho que Susi era una lagartona que quería sablearme, y de haber sido yo una persona maliciosa hubiera pensado que mi tía Susi quería irse con un hombre o huir de algo. Me aver-

gocé al pensar por un instante que me estuviera engañando... Era mejor creerle porque para mí eso significaba que ella y mi tío lograrían lo que nadie había logrado en mi familia, lo que nadie que yo conociera había logrado. La angustia y la ansiedad de sus gestos eran reales, y sus emociones tan intensas que me pareció que esa misma tarde, ante mi presencia, se estaba efectuando un cambio en ella, que se hacía una mujer más nervuda, mayor, y con esa belleza esplendorosa que aguarda a ciertas mujeres en la madurez, cuando cuajan por completo y parece que han vivido sólo para llegar a esta cúspide en que son más deseables que cualquier beldad veinteañera. Algo también cambió en mí, alguna pieza acabó de acomodarse entre mi alma y mi cuerpo. Creo que fue la enigmática atracción hacía mi tía lo que rompió finalmente las amarras: el nebuloso deseo que en varias ocasiones me había despertado se convirtió en identificación, en ganas de emularla, en una admiración como la que una niña puede sentir hacía una madre dominante y dueña de sí.

Por supuesto que debía ayudarla. Repasé mentalmente los rostros de las personas a las que podría pedir un préstamo, y me sentí incómodo y cagado cuando el fichero se detuvo en mi padre. Hacía mucho que no lo visitaba en su casa, seguíamos emocionalmente distanciados por las guerras subterráneas que continuaban entre él y mi madre. Ya me había dado cuenta que a mi padre le dolía que yo viviera atenido con pasividad infantil a las voluntades de mi madre y sus hermanas. Cuando llamé a su puerta entendí que mi padre me reprochaba no que prefiriera vivir con las mujeres sino que no hubiera logrado hacer valer mi masculinidad, que no compartiera con él las cuitas y preocupaciones de todos los adolescentes cuando empiezan a ser hombres. Al percatarme de la gustosa perplejidad que le causaba mi visita, me asaltaron unos impulsos muy cabrones, una sensación de poderío oscuro capaz de manipularlo; me sentí como una bruja.

Siempre había tenido el deseo de que mis actos alcanzaran la misma fluidez que mis pensamientos. Antes creía que yo era inteligente porque podía percatarme de cómo son las personas, pero luego pensé que era sólo malvado porque aprovechaba esa infor-

mación para conseguir cosas que no eran importantes y además me hacían estúpido y frívolo.

Yo quería cambiar o más exactamente dejar de ser lo que no era. ¿Cómo vivir sin que los actos y los minutos sean sólo una acumulación de datos biográficos? O sea ¿cómo convertir la acción en un método para despojarnos de lo que no somos, lo que no nos pertenece, y así, quitándonos de encima capas de existencia parásita, sedimentos de los minutos que se acumulan en nosotros, dar con quien realmente somos? Esa tarde comencé a desear que la vida no fuera una acumulación de cosas sino una danza en que cada paso significara soltar un lastre.

Me miró de pies a cabeza y pareció complacerle que trajera puesta la chamarra de cuero de mi tío Arturo, que me quedaba grande. Mis botines de charol y el suéter de cuello de tortuga me ponían fuera de la moda al tiempo que me daban un aire rebelde y original. Del mueble de la cocina mi padre sacó una anforita de tequila, una botella de cuarto de litro del ponzoñoso tequila Sauza blanco. Ver que mi padre no se atreviera a comprarse una botella como Dios manda me produjo una mezcla de enfado y desprecio. Me sirvió una copita de su chingada marranilla, seguramente creyendo que yo me sentiría importante por compartir un trago como dos machos en una cantina.

Mi desasosiego –potenciado por su aspecto descuidado, los restos de comida sobre la mesa, el piso pringado, el insoportable olor a humedad y rancio que emanaban las paredes, empiojadas con imágenes de santos y un cuadro de la virgen de Guadalupe–, mi padre quiso tomarlo como la gran oportunidad para hacer algo por mí y ponerme de su lado. Mis padres tenían en común el ego carcomido por un orgullo que les dejaba imaginarse que la gente del mundo se dividía entre los que estaban a su favor y los que estaban en su contra. Yo en verdad no estaba del lado de nadie, simplemente me quedaba en el lugar donde me sentía más cómodo, donde podía ser débil y perezoso sin que nadie me molestara.

–¿Qué te pasa? –el tono de su pregunta me hizo fantasear que él era un fraile y yo un pobre indio sin alma. Pensé que esa ima-

gen le hubiera gustado, que mi padre necesitaba sentir que poseía atributos que él admiraba: autoridad y benevolencia.

No perdía de vista que mi prioridad era ayudar a Susi. Sin esfuerzo me apachurré en una silla, con las manos en los bolsillos, soltando un suspiro de desamparo.

—¿Qué te pasa?, dime. Yo puedo ayudarte.

—Dinero... Necesito dinero... —el tono de mi voz le facilitó a mi padre colocarse donde quería estar.

—¿Para qué lo quieres?

—No puedo decirte... Además no me vas a creer, no lo vas a entender.

—¿Por qué no habría de entenderlo? Anda, dime...

—No puedo, papá —me levanté teatralmente de la silla. Mientras me acomodaba el cuello de la chamarra me miré en el espejo roto frente al cual se afeitaba mi padre—. Lo necesito, de veras...

—¿Se puede saber cuánto...? ¡Ah!, ya sé —por un momento temí que fuera a decir que mi madre me enviaba, pero su rostro se iluminó. Me tiró un golpe exultante al hombro—. Embarazaste a una chava, ¿verdad, cabrón?

El chasquido que su palma hizo en el cuero de mi chamarra reverberó en mi mente de tal manera que vi una luz: era claro que le importaba más el pito de su hijo que todos sus crucifijos y bulas papales juntos. Me llevé una mano a la mejilla para comprobar que estaba yo realmente allí, de pie en medio del absurdo. Moví ligeramente la cabeza y él pareció más feliz porque interpretó mi silencio como una afirmación a su pregunta. Hoy en día podría considerarse ridícula la suma que me dio, pero entonces era un dineral.

Al llegar a la calle comencé a correr hasta que se me olvidó adónde iba. Miré mi reloj, que era el de mi tío Arturo. Susi ya debía de estar esperándome en la Central de Autobuses del Norte. Traía una maleta pesada, sus zapatos de tacón. La acompañé a los andenes. Me dio un beso cuando le entregué el dinero. Vi que el autobús iba hasta Matamoros, Tamaulipas, y no me aguanté las ganas de preguntarle a mi tía adónde exactamente se dirigía.



–Al Planeta Rojo –me dijo, y convirtió su conato de lágrimas en una carcajada.

Me demoré en el abrazo y no quería soltarla. Espera, aún la nave del olvido no ha partido: me vino espontáneamente a la memoria la letra de mi canción favorita –por alucinada– del Príncipe.

–Dale un gran beso a mi tío.

En la escalerilla del autobús el revisor le pidió el boleto. Ella se volvió a mirarme un instante. No había querido verbalizar la despedida ni preguntarle si nos volveríamos a ver, quizá porque sentí que era yo quien se iba. Tampoco lloré, porque me dio mucha alegría darme cuenta que mi tía llevaba su cámara de fotos.